

## ANTIGÜEDADES AMERICANAS

H. L.\*

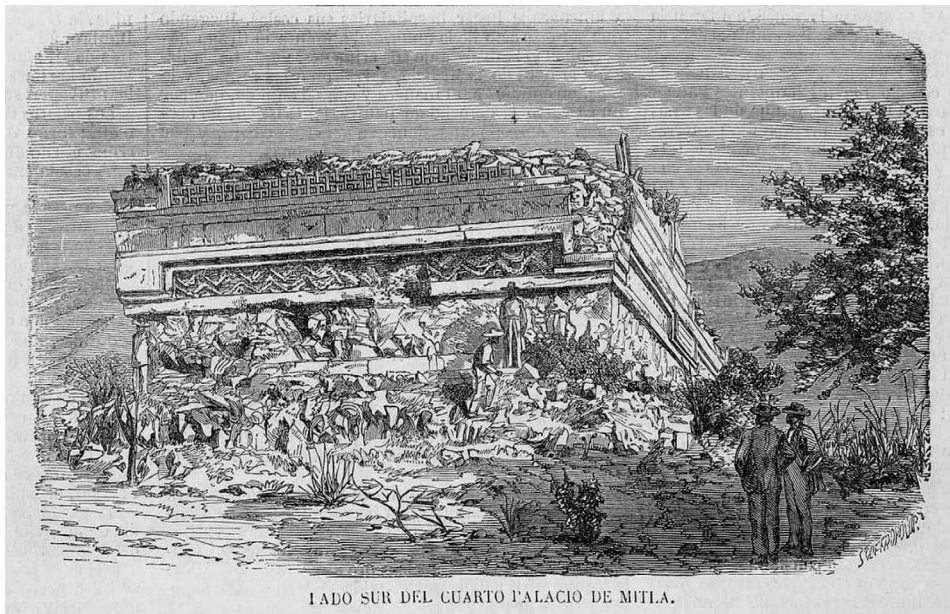
El Nuevo Mundo, que en los pasados tiempos tanto preocupaba a nuestros navegantes europeos, atrae todavía a sus regiones a los hombres de ciencia y de saber más intrépidos y determinados. Pronto hará cuatro siglos que fue descubierto, y sin embargo aún está por explicar. Si la América es conocida en la inmensa extensión de su territorio, en cambio es ignorada en su pasado y su historia, es decir, en su historia remota, que para nosotros es letra muerta todavía. A vista de esos monumentos inmensos tan numerosos en México, en presencia de esos bajorrelieves, restos de los grandes edificios del Yucatán, sobre los cuales está representado un pueblo que ha desaparecido, cuyos tipos, trajes y usos geráticos recuerdan el antiguo Egipto y la Persia, se pregunta uno si solamente la casualidad ha creado esas semejanzas, o si no existen algunos lazos desconocidos que reúnen en el pasado a los dos mundos; si no ha habido emigraciones, cuya fecha es imposible determinar, que llevaron de los altos países del Asia hasta el corazón de la América bandas viajeras de raza blanca. Estos grupos de pueblos semíticos habrían pasado el estrecho de Bering y se habrían acantonado momentáneamente en la América septentrional; poco a poco habrían bajado hasta México; de aquí habrían sido arrojadas por otras poblaciones, siendo rechazadas hasta el Yucatán, límite definitivo de su retirada. Stephens, Humboldt y otros sabios han suscitado esta importante cuestión, que hasta el día ha permanecido en las hipótesis más o menos ingeniosas, más o menos admisibles. Lo que faltaba sobre todo al estudio de este curioso problema era el conocimiento seguro y exacto de los monumentos en que se funda la cuestión, conocimiento del que puede recibir su solución. Un viajero francés ha ido a visitar esas regiones armado de un aparato fotográfico, y de ellas nos ha traído un curioso álbum donde se ven reunidos esos preciosos restos. Ahora la ciencia puede juzgar y pronunciarse.

Monsieur D. Charnay, desembarcado en Veracruz, ha atravesado en todos sentidos los estados de Puebla, Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco y Yucatán. Este modo de recorrer comarcas ora impracticables, ora ocupadas por indios sublevados, para hacer la conquista fotográfica del Nuevo Mundo, exige un valor a toda prueba, una enérgica voluntad de alcanzar un resultado útil. Ha sido preciso que monsieur Charnay soportara con un calor de 42 grados todos los peligros de una expedición semejante hecha sobre un trayecto de 1.200 leguas. La relación de su viaje abunda en aventuras: ladrones a cada paso y, por consiguiente, luchas constantes para poner a salvo los instrumentos fotográficos perdidos más de una vez, y no obstante, en medio

\* H. L., «Antigüedades mexicanas», *El Correo de Ultramar*, XVIII, núm. 468 (1861), pp. 407-410. Ils. [https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo\\_imagenes/grupo.do?path=2000709693](https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709693)

de estas dificultades de cada día, ha concluido el importante atlas de antigüedades americanas que se dispone a dar al público en París, y del cual tomamos los dibujos que acompañan a este artículo.

El viajero, al encaminarse de Sisal a Mérida, encontró prodigiosos edificios. Tenía el deseo de visitar la isla de Cozumel con sus torres de muchos pisos, pero tuvo que renunciar a este proyecto ante dificultades insuperables, y debió llegar a Mérida siguiendo la costa septentrional. Se dirigió a Palenque por medio de las selvas, atravesó el istmo, pasó el estado de Oaxaca, salvó las montañas y se encaminó de Mitla a la ciudad de México, última etapa de tan largo y penoso viaje.



LADO SUR DEL CUARTO PALACIO DE MITLA.

Fig. 13. *Lado sur del cuarto palacio de Mitla*, pp. 408-409.\*\*

De todos los países, el Yucatán es el que más ha ocupado a monsieur Charnay y es naturalmente el que le ha dado más asuntos para sus estudios fotográficos. Esta península se halla sembrada de ruinas que presentan pocos caracteres comunes con los restos de edificios que se ven en los países contiguos. Sabida es la naturaleza de ese terreno calcáreo, de vegetación raquítica, donde la seca llanura se cubre de cactus, de

\*\* Las nueve ilustraciones que acompañan al artículo provienen de las fotografías de Désiré Charnay, que se reprodujeron en diferentes publicaciones tanto europeas como americanas. En México el editor Julio Michaud publicó el *Álbum fotográfico mexicano de fotografías tomadas por Charnay de la ciudad de México* (hacia 1858), con textos de Manuel Orozco y Berra y de Julio Lavarriere. Estas fotografías cautivaron a la sociedad europea tras su regreso a París, donde se contemplaron en una exposición y en el libro, patrocinado por Napoleón III, *Cités et ruines américaines: Mitla, Palenqué, Izamal, Chichen-Itza, Uxmal* (1863), que llevaba las imágenes en gran formato (53 x 74 cm.). Eugène Viollet-le-Duc escribió el prólogo.

palmeras enanas y de arbustos espinosos. Naturaleza desolada, muy ingrata para el trabajo del hombre. Y sin embargo, un pueblo ha preferido esa península a las fértiles tierras que se extienden al pie de esas áridas mesetas. ¿Por qué se condenaría a vivir sobre esas rocas? Sin duda las encontró como un postrer refugio en su fuga.

En esta hipótesis preciso es admitir que las tribus llegadas en tiempos muy remotos del Asia, como ya hemos dicho, estaban establecidas en el territorio mexicano cuando tuvieron que huir ante las invasiones de los aztecas, nación viajera, que se apoderaron en breve de una gran parte de México, fijándose en las tierras fértiles y rechazando hacia las comarcas orientales a los pueblos invadidos. Así se explica la sensible diferencia que existe entre los monumentos de la península del Yucatán y los del continente.

Entre los primeros se encuentra a poca distancia de Valladolid un vasto edificio que los habitantes llaman el Circo. Sobre las paredes interiores de una de las salas de este Circo se ven esculturas que representan guerreros combatiendo serpientes y animales de formas extrañas. Las armaduras y los cascos, con sus orejas circulares y sus plumas altas, recuerdan las armaduras y los cascos militares que se ven en los bajorrelieves de los monumentos del Asia. También se diría que aparecen en las esculturas del Circo los guerreros asirios con la ballesta y el venablo. Hasta la construcción de los monumentos recuerda la de los edificios pelásgicos por sus disposiciones principales, por sus dos planos inclinados que se acercan hasta sus cumbres terminadas por una losa. Muy distinto es el sistema de arquitectura que domina, por ejemplo, en las ruinosas construcciones de Palenque. En cuanto a los tipos de las figuras que presentan los monumentos de los dos países, difieren también completamente: los rostros de los soldados esculpidos en los bajorrelieves del Yucatán no tienen nada de común con los de los guerreros de Palenque; más bien parecen pertenecer a las razas blancas que a las razas turanianas; los primeros llevan barba, los segundos no. ¿Qué se debe sacar en consecuencia de estas dos formas distintas? Que en sus emigraciones hacia América llegaron pueblos procedentes del centro del Asia hasta el centro de México, trayendo consigo los métodos de construcción que usaban en su patria; que más tarde unas oleadas de nuevos invasores, de la misma América, hicieron retroceder a esa población extranjera y la obligaron a buscar un refugio en el Yucatán. Esto sin duda demostrará monsieur Viollet-Le-Duc, que está encargado del texto explicativo que debe acompañar a las cincuenta láminas fotográficas de monsieur Charnay en unión de monsieur F. Denis, que enriquecerá la obra con una bibliografía. Esperamos este curioso trabajo donde se deben ventilar tan importantes cuestiones, y que, patrocinado por Su Majestad el emperador, no dejará de merecer la acogida más lisonjera.